



UNA CASCADA EN LA PRECORDILLERA

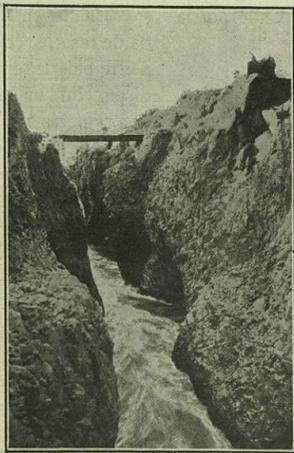
conocidos por las gentes de Los Andes con el apodo de *lingheras*, voz de procedencia italiana, que hace alusión á su envoltorio de ropas. Los *lingheras*, así como los «turcos» que corren toda la Argentina vendiendo su mercancías, son las víctimas predilectas de los bandoleros andinos, que les roban sus equipajes y menguados ahorros, asesinándolos las más de las veces. Y si es que consiguen librarse de este peligro, han de arrostrar el de la nieve.

En los caminos de Los Andes se encuentran, á largos trechos, unas casas de piedra en forma de cúpula, semejantes á los hormigueros de los países tropicales. Estas casas sirven de refugio á los que pasan la cordillera con mal tiempo, y sobre todo á los encargados del correo, valerosos y honrados montañeses que durante la estación invernal mantienen siempre que es posible el cambio de correspondencia entre Chile y la Argentina, para evitar el largo rodeo por el Estrecho de Magallanes.

Estos correos son chilenos ó mendozinos, gente dura, nacida en los Andes y habituada á los fríos y peligros de la cordillera. En todos los pasos de Los Andes se encuentran rústicas cruces y una fila de piedras, que marca el contorno de una tumba. Allí está el cuerpo de un pobre «correo», muerto de frío en arriesgada expedición invernal. Sus compañeros, al pasar ante la tumba, se apoyan un instante en la pala que llevan con ellos para abrirse camino en la nieve, y rezan una oración. Ninguna plegaria tan sincera como la del correo vivo ante el correo muerto, en la grandiosa soledad de Los Andes. El que reza piensa que algún día



CORDILLERA. CAMBIO DE MULAS EN PUNTA DE VACAS



PUENTE EN LA CORDILLERA SOBRE EL RÍO MENDOZA

rezarán tal vez por él otros compañeros, cuando duerma para siempre el eterno sueño del frío en una tumba semejante.

Encontrar alguna casita de piedra cuando el cielo se cubre de nubes blancas y empieza á caer en el suelo helado una nueva capa de nieve, equivale á una gran fortuna. No hay palacio que pueda igualar á estos refugios para los que llegan á ellos acosados por la tempestad. Muchas veces permanecen enterradas bajo la nieve y hay que empezar por descubrirlas con las palas. Los conocedores de la montaña saben leer en ella, aunque sus desigualdades estén ocultas bajo una capa blanca de algunos metros. Apenas logran orientarse mirando las cumbres, marchan rectamente, con el instinto del perro, por la llanura blanca, igual y monótona, adivinando lo que se halla bajo sus pies.

En las casas de refugio hay provisión de leña para los caminantes; pero muchas veces se ha agotado antes de la llegada de éstos ó se consume durante su permanencia. Entonces, á impulsos de la necesidad, astillan y queman puertas y ventanas para calentarse algunas horas más.

Un gran auxiliar de los correos y demás transeúntes de la cordillera es la mula andina, de seguro pie é instinto maravilloso. Hay que dejarla marchar á su voluntad, pues conoce mejor que el hombre los pasos que deben evitarse. Camina por senderos que son aristas, sobre horribles precipicios. Resiste las más bajas temperaturas y el tormento del hambre: es, á la vez, auxiliar y víctima

del hombre. Ha ocurrido muchas veces que las caravanas han quedado aisladas días y días en una de estas casas ó en una cueva cerrada por la nieve, sufriendo las mismas privaciones que martirizan á los naufragos refugiados en un islote desierto. Agotados los víveres, los hombres han tenido que matar las mulas para alimentarse con sus carnes, chamuscadas apenas en la hoguera agonizante, ó enteramente crudas.

Cuando se prolongan las tormentas y una nevada extraordinaria borra todos los caminos, los atrevidos viajeros mueren insensiblemente víctimas del frío. En el verano siguiente, los primeros que entran en la casa ó visitan la cueva encuentran varios hombres sentados en círculo, inmóviles, embozados en sus ponchos y el sombrero sobre la frente, mirándose con ojos vidriosos y mostrando al sonreír la blanca dentadura. El frío de Los Andes conserva los cadáveres años enteros. Dicese que tal es la condición de su atmósfera, que aun

en verano tardan los cuerpos mucho tiempo en sufrir la putrefacción.

Durante siglos, la provincia de Mendoza, aislada del resto de la Argentina, tuvo que comunicarse con Chile y la costa del Pacífico por estos senderos, arrojando los peligros de la cordillera. Como la nieve cortaba el paso con frecuencia y Mendoza había de vivir, su industria, á impulsos de la necesidad, tuvo que inventar medios y urdir recursos para bastarse á sí misma.

Varios pasos permiten durante ocho meses del año el tránsito de Mendoza á Chile. Estos son el de la Cumbre, ó de Uspallata, paso que utiliza el ferrocarril trasandino; el de la Dehesa ó Potrero Alto, que se separa del de la Cumbre en Punta de Vacas y es más corto que éste, pero más peligroso, y por lo mismo, menos frecuentado; el de los Horcones, lugar favorito de los contrabandistas; el de la Cruz de Piedra, en la falda del volcán Maipú; el de las Damas, que comunica á San Rafael, en la provincia de Mendoza, con Talca (Chile) y recibe tal nombre por la suavidad de sus pendientes, y los de La Laguna, Petorca, Pingüenes y Planchón, estos dos últimos más cortos que el de la Cumbre para llegar á Santiago de Chile, pero más difíciles y penosos.

Por algunos de estos pasos avanzaron diferentes cuerpos destacados del ejército de San Martín, mientras el general, con el grueso de las fuerzas, entraba en Chile por la Cumbre.

* *

Los ingenieros constructores del ferrocarril trasandino han tenido que valerse de todos los recursos de su ciencia para resolver las dificultades que ofrecía la pendiente abrupta y violenta de las montañas.

Para salvar estas dificultades hubieron de seguir el borde del río, que corre en algunos sitios á gran profundidad, cortando un estrecho camino en las rocas de la falda y perforando los peñascos salientes que obstaculaban el paso.



ARRASTRANDO EL TRINEO

Estas montañas son de trágico aspecto y algunas de ellas parecen cadáveres enormes, destrozados por la disección. Negras y lúgubres, tienen en sus flancos enormes desgarrones rojos y verdes, á través de los cuales parecen descubrirse sus entrañas. El valle del río se estrecha hasta no ser más que un profundo callejón. La locomotora, para seguir ascendiendo, necesita un tercer riel en el centro de los otros dos, con agudos dientes, á los que se agarra la rueda de la cremallera. De este modo el tren se evita el peligro de salir disparado hacia atrás como un proyectil á la menor detención. La máquina avanza jadeante, á todo vapor, sin poder marchar más que á una velocidad de 15 kilómetros

por hora. Á ambos lados del tren las pendientes de las montañas son tan rectas, que parecen cortadas á pico. Hay que echar la cabeza atrás, hasta juntar el occipucio con la espalda, para que la mirada alcance las cumbres, en cuya caperuza de nieve sobresalen rocas pulidas, duras y azuladas como bloques de acero.

Dos horas de viaje son necesarias para salvar los 40 kilómetros que separan á Mendoza de Cacheuta, en la cumbre del Paramillo. Todo el país de Cacheuta, en 3 kilómetros de su superficie, oculta una capa de agua termal. Allí donde se hace una perforación de un metro, surge el agua en abundancia, con una temperatura que se eleva hasta 46 centígrados.

Una leyenda de los tiempos de la conquista, leyenda de tesoros, como todas las de aquel tiempo, va unida á este país de termas. El nombre de Cacheuta fué, según dicen, el de un cacique de esta tierra, que poseía grandes riquezas y era feudatario del Inca del Perú. Cacheuta se dirigía con su tribu hacia el Cuzco, para apoyar á los que intentaban rebelarse contra los mandatos de Pizarro, llevando con él muchas pieles llenas de oro, cuando topó con una partida de españoles, que pasaban por primera vez la cordillera. Los indios consiguieron ocultar su tesoro en la montaña, y el secreto del escondrijo se lo transmitieron de generación en generación los herederos de Cacheuta. Uno de éstos, al intentar, un si-



UNA EXPEDICIÓN ATRAVESANDO LOS ANDES EN INVIERNO



DESCUBRIENDO UNA CASA-REFUGIO CUBIERTA POR LA NIEVE



«SPORTS» EN LA CORDILLERA



EL CRISTO DE LOS ANDES Y EL PASO DE USPALLATA EN PLENO VERANO

glo" después, completamente solo, la busca de tales riquezas, cayó enfermo á causa de las privaciones sufridas en la soledad de la cordillera, y fué recogido por un misionero, que lo transportó á Mendoza, y al que reveló su secreto antes de morir. Fué esta revelación uno de los muchos «derroteros» que trastornaron y apasionaron á las gentes del país. En Mendoza se han organizado muchas expediciones para encontrar el tesoro de Cacheuta, pero todas resultaron infructuosas.

Cacheuta no tiene más tesoro positivo que el de sus aguas termales, y los únicos que tocan el resultado de estas riquezas son los dueños del balneario y de los hoteles establecidos en el citado paraje.

La estación de Uspallata está en una amplia garganta, á 1.800 metros de altura, dominada por las crestas más abruptas de los Andes. Desde Cacheuta á Punta de Vacas el tren emplea cinco horas largas, siempre en fatigosa ascensión por la vía de cremallera, atravesando precipicios sobre numerosos puentes de hierro, de construcción sólida y elegante.

Punta de Vacas, que está á unos 2.500 metros de altura, fué durante mucho tiempo la estación terminal del ferrocarril. En ella se tomaban las mulas ó el carruaje, según la época del año ó el estado del camino, yendo á Puente del Inca y á Las Cuevas, donde pasaban los viajeros la noche antes de emprender la ascensión al paso de la Cumbre. Hoy el trasandino llega hasta Las Cuevas, y terminado el gran túnel, que es una obra de gigantescas proporciones, en breve pasarán los trenes directamente á Chile, sin que los viajeros tengan que hacer ya, en mulas ó en carruajes, el trayecto más penoso de la cordillera.

Más allá de Punta de Vacas, las montañas toman caprichosos contornos de figuras y edificios. Hay una, llamada de «Los Penitentes», porque sus picos afectan la forma de unos monjes arrodillados ante una iglesia gótica. Otra montaña se asemeja, en sus partes salientes, á una mujer inclinada, de la que se distinguen perfectamente el pecho y los senos. Antes llamaban á esta montaña de Santa María; pero ahora la han bautizado

los viajeros con el nombre de Cleopatra, por la semejanza de su perfil con el de la célebre reina egipcia.

El Puente del Inca, á 2.727 metros sobre el nivel del mar, es, como ya dijimos, una maravilla natural; un arco, formado por el agua del río Mendoza al perforar una masa de tierra calcárea. Esta obra sobrehumana no corre peligro de desplomarse, á pesar de los frecuentes temblores de tierra que sacuden la cordillera. Una fuente de agua calcárea, que petrifica los objetos, surge junto á su arco y lo fortalece con las capas que va depositando en su base.

En la estación de Las Cuevas se hacen los preparativos para salvar la cordillera. El frío es intenso en este lugar, aun en los meses de verano. El aire sutil obliga á una respiración acelerada, como en la Puna de Jujuy. Algunos viajeros sienten el mal del *sorocho*, y si esta angustia no se generaliza se debe á que el paso de la cumbre lo efectúan las caravanas con bastante rapidez.

Centenares de mulas están reunidas en grandes corrales con cercas de troncos. Unas sirven para los viajeros y otras llevan á lomo los equipajes. Los peones y los guías van de un lado á otro con sus ponchos de colores y sus sonoras espuelas «nazarenas», preparando la expedición. Los viajeros, envueltos en mantas y gabanes, con la gorra encasquetada hasta los ojos, montan en las mulas, que saben ya de memoria el camino, y á las que conviene dejar que marchen á su antojo, siguiendo una ruta tantas veces hollada por sus patas. Rompe la marcha el guía, y la caravana trota detrás de él, pugnando unos jinetes por adelantar á los otros.

Se ven en estas expediciones las figuras más grotescas y extrañas: apuestos jinetes con elegante traje de montar y látigo de plata, que marchan en tan bizarra apostura so-

bre mulas cachazudas y coceadoras; obesas damas, que confían su pequeñuelo á un peón para atender mejor á la estabilidad de su volumen sobre la cabalgadura; viajeros que proceden de países cálidos y llevan en una mano las riendas, mientras sostienen con la otra una jaula de latón con un loro comprado en los trópicos. El



UN CORREO PASANDO LOS ANDES

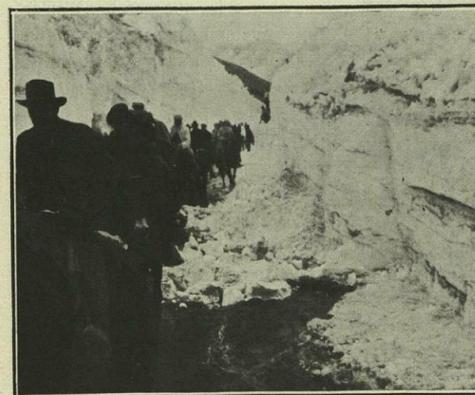
parlero animal eriza sus plumas y oculta el pico, hecho una bola verde y amarilla en el fondo de la jaula. Tiene frío y parece sentir el mareo de la cumbre. Su dueño continúa subiendo y subiendo llevado por la montura. Ya estamos cerca de los 4.000 metros. De pronto el loro abre su pico para soltar un chorro de sangre, que se esparce por la jaula, y cae muerto. Los restos del pájaro de la selva tropical quedan abandonados en un sendero de la cordillera. Aquí sólo puede vivir el condor de altivo vuelo. Se le ve agitar sus alas en el infinito, empujándose por la distancia, como si fuese una mosca.

Junto á los caminos de la montaña se encuentran esqueletos mulares, blancos y pelados. Otras bestias, caídas recientemente, están con el pellejo destrozado por el pico de las aves de rapiña, y muestran á través de las brechas los colores de sus entrañas. No se nota el más leve hedor al pasar junto á ellas. El frío de la cordillera impide la putrefacción.

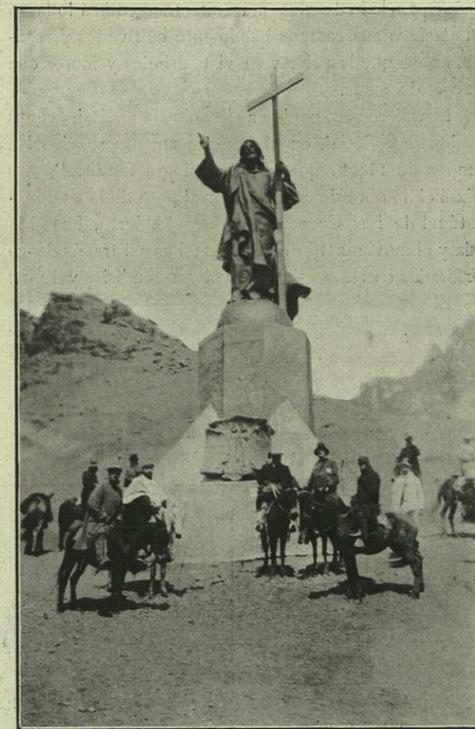
La caravana marcha ahora lentamente. La penosa ascensión por las abruptas laderas parece fatigar á los viajeros, que ya no sienten deseos de correr. La tierra rojiza y los pedruscos ruedan bajo las patas de las mulas, haciéndolas cojear con repentinos sacudimientos.

En las mesetas se encuentran campos de hielo, en los que ha sido necesario cortar un camino para el paso de las cabalgaduras. La caravana avanza en fila por estas calles de nieve congelada, entre dos muros, que parecen de cristal de roca. Los guías, que marchan á la descubierta, á alguna distancia, semejan miserables hormigas trepando por unas laderas sin fin. Un silencio solemne gravita sobre las personas, haciéndolas enmudecer. Se llega á pensar que el mundo ha muerto y no quedan en su superficie otros seres que este puñado de insectos humanos, marchando á través de una grandeza anonadadora.

De pronto, en una especie de valle pedregoso, rodeado de cumbres, aparece un hombre verdinegro, del color del bronce, subido sobre una base de piedra y con una cruz en la mano. En la plaza de una ciudad parecería gigantesco, pero en lo alto de Los Andes es tan pequeño como un sér ordinario. Únicamente cuando al-



PASANDO POR ENTRE NIEVES (En pleno verano).



EL CRISTO DE LOS ANDES

gunos jinetes se detienen junto al pedestal, como minúsculos animalillos, surge el término de comparación y se aprecia su tamaño. Es el famoso Cristo de Los Andes, elevado por argentinos y chilenos, como símbolo de paz que impida eternamente luchas fratricidas é inútiles.

El monumento está en la misma línea divisoria de las dos naciones. Junto á su pedestal, un argentino y un chileno pueden darse la mano sin que sus pies abandonen el respectivo suelo patrio.

Estamos á 4.000 metros de altura. Un viento huracanado hace volver la cara á las mulas y agita como banderas los ponchos y las mantas. En ciertas horas del día es tal la violencia del huracán en el paso de la Cumbre, que los viajeros tienen que refugiarse en una casa inmediata al Cristo, no pudiendo seguir adelante. Algunos de la caravana se apoyan en el delantero de la silla, sintiendo el angustioso mareo de la Puna.

La vista experimenta el deslumbramiento de la inmensidad ante los numerosos picos, blancos en la cima y negruzcos en la falda, que se amontonan unos tras otros como olas petrificadas en el instante de su mayor hinchazón. Son las montañas chilenas, más imponentes y grandes en apariencia que las argentinas. El terreno asciende dulcemente del lado de la Argentina, y por esto se aprecia menos la altura de sus cumbres. En el lado chileno, profundas cortaduras de líneas verticales separan las montañas, dejándolas ver en toda su magnitud.

Al otro lado de ellas está Chile, tendiendo á lo largo del Pacífico sus campos hábilmente cultivados y regados, en los que la primavera viste árboles y muros con túnicas de rosas.

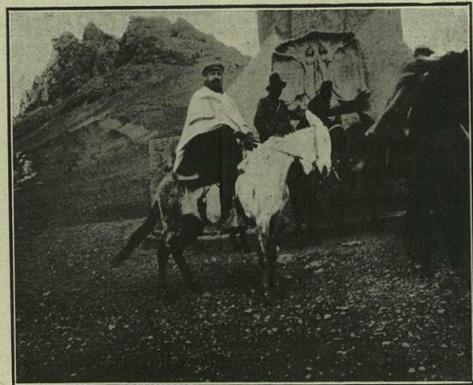
El viajero contempla en silencio este paisaje, ceñudo, hostil y glacial, en el que únicamente sonrían los campos de nieve, que el sol no logra fundir. Pronto dejará el hombre de transitar por el paso de la Cumbre. El túnel de Las Cuevas, que ya está abierto, llevará la vida y el movimiento de ambas naciones á través de las perforadas entrañas de estos colosos sombríos y duros.

El pensamiento retrocede á pasados tiempos para admirar el valor de los que, impulsados por la necesidad ó el entusiasmo patriótico, se atrevieron á marchar

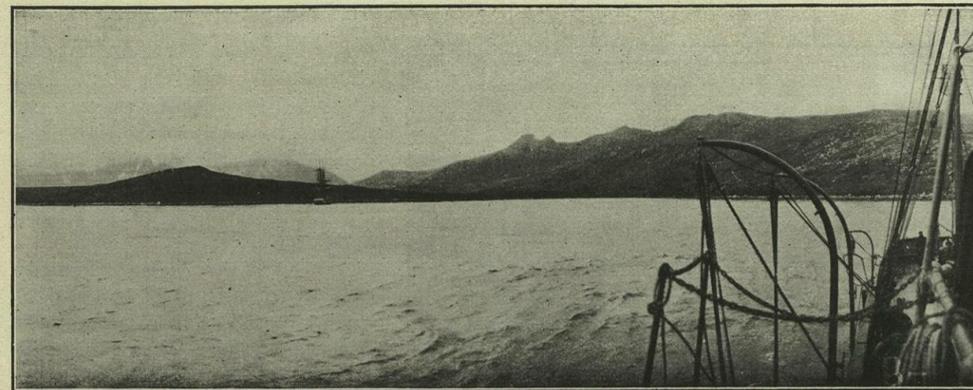
por estos lugares, cuando no había caminos y el misterio más absoluto los envolvía.

Por aquí pasaron hace siglos unos cuantos aventureros con el arcabuz al hombro, sin saber adónde marchaban, ansiosos de correr tierra y más tierra, sometiendo á los reyes de España y al cristianismo.

Hace poco menos de un siglo la energía indomable y el atrevimiento de la raza española repitió la hazaña bajo otra bandera y con una finalidad moderna. Por aquí pasó San Martín con su ejército, llevando los cañones á lomo de mulas por donde no existían caminos, descolgándolos á brazos desde rocas cortadas verticalmente, teniendo que resistir al frío y al hambre antes de emprender la lucha heroica con los hombres.



AL PIE DEL CRISTO DE LOS ANDES



EL CABO DE HORNO

LOS TERRITORIOS NACIONALES

MISIONES

RECIBE su nombre este territorio de las misiones que la Compañía de Jesús estableció en él antes de ser expulsada de España y las colonias. Los indios guaraníes eran sus únicos pobladores, y los jesuitas los sometieron á su autoridad espiritual y temporal, aprovechando su fuerza de resistencia para el trabajo y la docilidad de su carácter. Cultiváronse entonces en este territorio el tabaco, la hierba mate, el algodón, el azúcar y toda clase de granos.

Los miembros de la Compañía de Jesús explotaron el territorio actual, constituido en una república teocrática casi independiente, enviando cargamentos de productos á sus casas de Santa Fé y Buenos Aires, que hacían el servicio de venta en comisión. Un padre procurador marchaba al frente de cada envío comercial, y los guaraníes dirigían, río abajo, las *itapas*, especie de jangadas, las piraguas y otras embarcaciones con cargamento de algodón, azúcar, hierba mate y maderas preciosas.

A fines del siglo xvii los jesuitas, con 12.000 indios, llegaron á la actual gobernación de Misiones, procedentes del Norte, ó sea de las tierras que pertenecen hoy al Brasil. Habían establecido sus primeras misiones en el Guayrá, pero los portugueses de San Pablo, llamados *mamelucos* ó paulistas, gente aventurera y dura de corazón, que hacía la piratería de tierra firme, les obligaron á retirarse, saqueando sus pue-

blo y cazando los indios de las Reducciones para venderlos como esclavos.

Los guaraníes en estado salvaje se refugiaban en los pueblos de los jesuitas para librarse de la persecución de los paulistas. Además encontraban en ellos la abundancia de alimentos que proporciona la agricultura, abundancia que contrastaba con las escaseces y el hambre que sufre el salvaje en la vida de los bosques. Por esto la catequización llevada á cabo por los jesuitas no fué difícil, y tribus enteras se presentaron en las Re-



GRUTA DE LA VIRGEN DE LAS MISIONES